

aparecía la cara adentro. Algunas máscaras eran de gran peso. Las máscaras de aves de la ceremonia hamatsa, con sus picos articulados de cuatro, cinco y hasta seis pies de largo, tenían que ser ajustadas con arneses ceñidos al cuerpo. Aún así, sólo un hombre fuerte podía ejecutar apropiadamente la danza. Pero con todo y la ingenuidad mecánica que trataba de conseguir la ilusión proveniente de la manipulación de las máscaras, nunca se perdía la calidad estética. Los indios de la costa tenían un instinto extraordinario para la veracidad y el drama de la forma.

El Encuentro de las Culturas

Los primeros hombres blancos que se encontraron con los pueblos del cedro fueron los exploradores y los comerciantes en pieles, no tanto interesados en el cambio del modo de vida nativo, sino en conseguir pieles preciosas. Sin embargo, su llegada trajo cambios marcados y significó el preludio al final del florecimiento de la cultura tradicional. La disponibilidad de hierro en abundancia dio por resultado mejores instrumentos que las viejas hojas de piedra, pero los métodos de tallado en madera no cambiaron; las herramientas de metal se hicieron de la misma forma en que estaban hechas de piedra, pero aceleraron la producción de objetos, especialmente de postes, por lo que entre 1840 y finales del siglo diecinueve, las aldeas de la costa se convirtieron en auténticos bosques de arte totémico.

La abundancia de bienes derivada del comercio de pieles fue otra influencia expansiva de la cultura india. Dio a los jefes los medios para pagar a los artesanos por cada vez más y más objetos, así como los medios para ofrecer cada vez más potlatches. Fue entonces cuando los potlatches de rivalidad se desarrollaron más extravagantemente y la economía de los pueblos de la costa se distorsionó por medio de festivales obsesivos que agotaron toda la riqueza excedente en un ciclo ritual de dar y recibir.

Otras consecuencias de la llegada del hombre blanco fueron sin duda el detrimento de los pueblos del cedro y de su cultura. Antes de que llegaran los comerciantes en pieles, parece no haber existido el uso de ningún tipo de intoxicante en la costa, y el alcohol, que al principio no gustó a los indios, pronto se convirtió en una gran calamidad. Pero sus efectos fueron menos devastadores que los de las enfermedades desconocidas que llegaron con los barcos mercantes. Las enfermedades venéreas cobraron sus víctimas, tam-

bién lo hicieron el sarampión, el cólera y la influenza, pero la gran asesina fue la viruela, la cual regresó una y otra vez a la costa, hasta que algunos pueblos, como los haida, se redujeron a poco menos de un décimo del número que tenían en el tiempo del primer contacto con los comerciantes europeos. Una consecuencia social nociva de la merma en la población fue el que dejaron de haber suficientes nobles que vindicaran los títulos y blasones pertenecientes a las diversas casas y clanes; esto significó que se diera acceso a los comunes, quienes podían estar lejanamente emparentados con los antiguos portadores, y los poblados se resquebrajaron a través de las hostilidades originadas por vindicaciones rivales.

Mientras tanto, llegaron otros hombres blancos, los oficiales y tripulantes de buques navales que pusieron fin a las guerras indias; los administradores coloniales y territoriales con sus leyes y normas extranjeras; los empacadores de pescado que al mismo tiempo empleaban a los indios y agotaban sus abastecimientos de pescado; y los misioneros, quienes buscaban mitigar los efectos nocivos del alcohol y la enfermedad, pero que al mismo tiempo hicieron gran daño ayudando a destruir las costumbres que sostenían al tejido social tradicional. Algunos misioneros, creyendo que los postes totémicos eran ídolos, lo cual no era el caso, indujeron a sus seguidores para que los incendiasen, y fue así como desaparecieron algunos de los mejores postes de las márgenes del Río Nass. Otros misioneros indujeron a Sir John A. Macdonald, Primer Ministro de Canadá, para que introdujese una legislación en 1884, la cual prohibía tanto el potlatch como la danza del espíritu guardián salish, sobre la base de que estas instituciones constituían un despilfarro e impedían que los indios aceptaran los beneficios de la civilización que los misioneros les ofrecían.

La prohibición del potlatch, impuesta con particular severidad en los primeros años de este siglo, atentó directamente contra el corazón de la cultura de los indios de la costa. Maquinó una continua pérdida en números, que prevaleció hasta los años veinte, y produjo una gran desmoralización entre los pueblos del cedro. Alrededor de 1925, su fuerza se había disminuido a menos de un tercio de lo que fue cuando llegaron los primeros europeos. En algunos lugares remotos, como en el alto Skenna, y en algunos parajes escondidos de la costa, las viejas costumbres prevalecieron de una manera atenuada y furtiva. En conjunto, hacia 1930, parecía como si la cultura estuviese en vías de desaparecer, e incluso hubieron algunos antropólogos de ese tiempo que creyeron que los pueblos del cedro se dirigían a sí mismos hacia la extinción.